Prólogo a *Ensayos (1952-2001)*,

de Gore Vidal

La melancolía del francotirador

> *¿Qué es el propio mundo? Un vasto caos, una confusión de tipos diversos, tan inasibles como el aire; [...] un mercado de espectros y duendes; el teatro de la hipocresía; una tienda de pícaros y aduladores; [...] la escuela del desvarío; [...] un campo de batalla donde, lo quieras o no, debes luchar y vencer pues si no serás derrotado...*
>
> *Robert Burton*, La risa de Demócrito

Comienza la agitada década de los cuarenta del siglo pasado y en la exclusiva Phillips Exeter Academy, en Nueva Inglaterra, un maestro furibundo entra en la sala de profesores dando un portazo. Antes de que nadie tenga oportunidad de dirigirle saludo alguno, exclama: "I wish I were a bull!" [¡Ojalá fuera toro!]. Ante la sorpresa de sus colegas y la pregunta "¿A qué viene eso?", implícita en su silencio, se explica: "So I could *gore* Vidal" [Para poder cornear a Vidal].

Esta anécdota —inevitablemente mermada en su trasvase al castellano—, a la que Gore Vidal hace alusión en su libro de

carácter autobiográfico *Una memoria*, constituye un buen ejemplo del efecto que ha causado y sigue causando Gore Vidal, ya sea en críticos literarios de renombre, entrevistadores impetuosos o figuras de la política. Por un lado, desazona y asaetea a su "víctima" hasta sacarla de quicio, pero, por otro, provoca en ella la reflexión, aguza su ingenio y le hace sacar lo mejor —o lo peor— de sí, aunque sólo sea para intentar ponerse a la altura de su atacante a la hora de responderle.

Con las lindezas que ha dedicado a Vidal una buena parte de la crítica norteamericana —los "comentaristas de cháchara libresca" o los "escritorzuelos de la Academia", como él los llama— se podrían llenar, y, de hecho, se han llenado, muchas páginas en la prensa. No le resultan extraños adjetivos como "indecente", "provocador", "iconoclasta", "escandaloso", "narcisista", "ofensivo"... La imagen que de él tiene el gran público, porque así lo presentan los medios y los "forjadores de opinión", es la de un autor que no sólo es inteligente, rico y bisexual sino que no tiene la más mínima intención de disculparse por ello. Vidal siempre ha hecho gala de una autonomía y autosuficiencia insultantes. Parece no necesitar de país, de "escuela" ni de tendencia. No se siente en la obligación de dar explicaciones a nadie. Se jacta de que la vida le dio una buena mano de cartas y nunca ha tenido que arrepentirse de nada, y esta postura, por un lado tan representativa del modelo norteamericano, del hombre que se ha hecho a sí mismo, es, paradójicamente, lo que no le perdona la crítica ni la Academia.

Para hacernos una idea de cómo se forjó el literato impenitente —impenitente por obstinado y por incapaz de arrepentimiento—, tenemos que remontarnos hasta el último año del primer cuarto del siglo XX, cuando Eugene Luther Gore

Vidal, hijo, vino al mundo en la Academia Militar de West Point, ayudado por un doctor del Ejército, muy poco ducho en alumbramientos, que más adelante se convertiría en médico personal de Eisenhower. Primer y único descendiente de una casquivana niña mimada de la era del jazz y de un atleta de fama nacional, el pequeño Gene estuvo desde muy pronto rodeado de personalidades de la época gracias sobre todo a los contactos de su abuelo materno, el senador Thomas Pryor Gore, y su padre, fundador de una de las primeras líneas aéreas estadounidenses de pasajeros. Ya de muy pequeño estaba al tanto de su condición de ciudadano privilegiado. Se sabía miembro de la alta burguesía norteamericana, de la aristocracia de un país en el que, supuestamente, no existen las clases sociales. Y tal vez fue esta conciencia de clase lo que le insufló una pasmosa seguridad tanto en sí mismo como en lo que escribe, así como el pleno convencimiento de que lo importante no es lo que opinen los demás de uno, sino la opinión que uno tiene de los demás. Aunque se esperaba de él que cursara estudios en Harvard, el alumno de colegios de élite, siempre brillante pero nunca demasiado interesado en las actividades curriculares, prefirió alistarse en el Ejército. No obstante esta drástica decisión, pocos años después estaba dando conferencias en esa misma universidad cuando los que podrían haber sido sus compañeros de promoción aún no habían obtenido la licenciatura.

Con lo que parece ser una facilidad asombrosa, se hizo un hueco entre los novelistas más destacados de su generación. En apenas ocho años, entre 1946 y 1954, publicó otras tantas novelas, amén de varias obras de carácter alimenticio bajo distintos seudónimos. Luego, también por razones económicas,

dio el salto a las obras dramáticas retransmitidas por televisión y después a Hollywood y Broadway, en donde consiguió éxitos con obras de teatro y guiones de películas tan famosas como *Ben Hur* o *De repente, el último verano*, e intimó con estrellas del mundo del espectáculo. A pesar de su convicción de que un hombre no puede desarrollar con éxito dos carreras en una misma vida, participó activamente en la política de su país, presentándose como candidato al Congreso en 1960 por el distrito electoral 29 de Nueva York. Su frenética implicación en la vida política y social norteamericana no le impidió encontrar momentos de aislamiento en los que seguir escribiendo con afán, y tras establecer residencia más o menos fija en Italia, emprendió la elaboración de una serie de novelas —*Burr, 1876, Lincoln, Washington, D.C., Imperio, Hollywood* y *La Edad de Oro*— centrada en el devenir de Estados Unidos y que, hasta la fecha, probablemente ha supuesto su mayor logro en el ámbito de la ficción.

Novelista, dramaturgo, guionista, actor ocasional, político, ensayista: Gore Vidal ha querido pulsar todas las teclas y, en mayor o menor medida, siempre ha salido bien parado de sus más arriesgadas aventuras. Y no sólo eso, sino que airea de tal modo sus logros que causa el rechazo entre una buena parte de la opinión pública por su supuesto narcisismo y su falta de humildad. “La política, el sexo, la clase me hacen destacar de un modo muy difícil de justificar, y mucho más difícil todavía de admirar por los norteamericanos”, reflexiona, en un intento de explicar la hostil acogida de su obra. Si hubiera sido “feo, de clase media, judío, académico [y] exclusivamente heterosexual”[i] las cosas habrían sido muy distintas. Pero corren malos tiempos para mantenerse al margen,

malos tiempos para la franqueza, y semejantes puntualizaciones no conviene hacerlas a voz en cuello.

Debido a la arrogancia intelectual que rezuma su obra, existe la creencia generalizada de que, al menos como ensayista, tiene por único objetivo la demolición de la labor ajena, la mofa de los menos afortunados, la provocación por la provocación misma. No obstante, al rastrear la literatura que existe sobre su trayectoria y, en mayor medida, sobre su persona, es notorio que, mientras que hay infinidad de referencias, reseñas y alusiones, los trabajos críticos en profundidad son muy escasos. Todo el mundo tiene una idea aproximada de quién es pero la mayoría de los lectores sólo conoce alguna de las múltiples facetas de su producción. Su obra es una marisma en la que todo el mundo se atreve a chapotear pero en la que muy pocos están dispuestos a zambullirse con un mínimo de rigor. Tal vez no falten razones para ello. Por un lado, hay que tener en cuenta que su trabajo es amplísimo y está muy diversificado, lo que dificulta la tarea de una crítica que se desenvuelve mejor frente a escritores más fáciles de colocar en compartimentos ya existentes. Por otro, quienes se encargan del trabajo crítico son los moradores de la Academia, precisamente aquellos contra quienes Vidal arremete siempre que tiene ocasión. El alcance, la magnitud y la variedad de su obra han refrenado a muchos investigadores, que no consiguen encasillarlo en un estilo ni en una corriente literaria como el modernismo, que, según el propio Vidal, ya estaba acabado para cuando él nació, el postmodernismo, tendencia de la que también se desmarca, o la ya antigua Nueva Novela, a la que dedica denodadas reseñas. En realidad, si ha de encuadrarse, lo hace en la tradición clásica de

la literatura, y la única clasificación que, con su habitual flema, se digna reconocer es la de “novelista tramposo”.

No obstante, y pese a quien pese, pocos son los que se atreverían a negar que nos hallamos ante una obra de consistencia y coherencia plenas, una trayectoria literaria que ya va camino de cumplir las seis décadas y que avala a uno de los autores de mayor estatura moral que haya dado Estados Unidos en toda su historia. Cualquier reparo al respecto queda disipado con afirmaciones categóricas como las de Harold Bloom, que lo considera “el creador de una mitología norteamericana” y asegura que “la crítica académica ha infravalorado enormemente sus logros”,[ii] o Italo Calvino, para quien, en el género del ensayo, “es uno de los maestros contemporáneos, incomparable en cuanto a agilidad, sinceridad y concreción”.[iii]

Uno de los mayores problemas con respecto a la obra de Vidal es que siempre se ha analizado como si las piezas del puzzle apenas tuvieran relación unas con otras. Salta a la vista que, hasta la fecha, las críticas puntuales e incluso los trabajos de mayor calado se centran en polémicas concretas, escritos determinados o, como mucho, en alguna de las recopilaciones de ensayos que Gore Vidal va publicando periódicamente (a veces de un modo un tanto errático, pues la selección varía según los países, y los escritos se solapan en libros diversos, llevan títulos diferentes o aparecen corregidos y con anotaciones del propio autor). Sin embargo, al abordar su producción ensayística con la perspectiva del medio siglo transcurrido desde que comenzara a publicar composiciones de carácter crítico, se observa que tras la fachada altanera y a veces incluso desdeñosa, se esconde un autor profundamente preocupado por

el ser humano, un autor que aspira en todo momento a contribuir a la formación de un público lector que sigue fiel a sus escritos, cosa que sorprende al propio Vidal, pues reconoce que nunca hace concesiones ni se digna compadecerle.

Partiendo del supuesto de que la insatisfacción es el estado normal del ser humano, se plantea la existencia como un vasto caos, un trayecto en el que tal vez no maduramos sino que nos vamos pudriendo; preconiza el cambio social por motivos de mera supervivencia, pero el único modo que ve de mejorar las cosas, si es que cabe mejorarlas, es a través de la sátira despiadada y el ataque furibundo. Como señalara el crítico literario Samuel F. Pickering:

> Vidal es en gran medida un autor del siglo XVIII. Sus frases resuenan como pareados. Su ingenio brilla y luego estalla. Vidal no parpadea ante la necedad del hombre, y de resultas de ello, recorre sus ensayos una veta de poderosa melancolía. Tras la comicidad y la ira se esconde el pesimismo, aunque no el pesimismo redentor de Johnson, el cristiano estoico, sino el de los racionales y los malditos, el del Byron que escribió *Don Juan*. A pesar de todas las risas, Vidal está resignado a la tristeza, como, sin lugar a dudas, deben estarlo todos los hombres de buen juicio.[iv]

En una sociedad en la que la injusticia es la norma, Gore Vidal se plantea la escritura como "un acto que intenta retener el pasado y el presente, un acto contra la muerte",[v] y es esta grave disposición de ánimo la que le obliga a abordar la tarea del crítico —ya sea literario o social— con una sinceridad que

lleva hasta el límite. No hay excusa posible para no escribir todo lo que se sabe por miedo a no encajar o a ser desdeñado, afirma este autor, para quien el ensayo no es sino un lujo que se puede permitir gracias al dinero que obtiene en otros ámbitos. El haber adoptado la forma del ensayo como opción libre, ajena a las presiones de los círculos académicos, a la necesidad de publicar para engordar el currículo o a los intereses creados en política, le permite atacar a figuras consagradas de la literatura y arremeter contra las supersticiones de la tribu sin parar mientes en las consecuencias. "Carezco de compasión —reconoce—, pero tengo sentido de la justicia y creo que las palabras significan lo que significan."[vi]

La ventaja que concede el transcurso de cincuenta años nos permite ver que este sentido hiperdesarrollado de la justicia le ha abocado a una trayectoria vital caracterizada por el alejamiento del centro. Sólo puede moverse con soltura cuando está fuera, y eso es lo que hace de él un escritor marginal, un ensayista a contracorriente. Con objeto de que esta evolución se aprecie con mayor claridad, la ordenación de la presente antología se basa en criterios temáticos en contraposición al estrictamente cronológico. De este modo, se pueden contrastar sus opiniones sobre ciertos temas o autores en ensayos yuxtapuestos entre los que media más de un cuarto de siglo. Asimismo, de cara a facilitar la consulta, las composiciones se han dividido en dos apartados: "El asunto de la ficción", que abarca los escritos sobre literatura y "Los placeres del caos", donde se reúnen los ensayos que abordan asuntos de carácter político o social. No es tarea fácil trazar una línea divisoria precisa entre éstos y aquéllos, ya que si hay casos en que los primeros son críticas de libros sobre temas políticos en los que

el autor adopta el enfoque de un crítico literario para abordar asuntos de orden social, se dan ocasiones en las que, en los segundos, es el analista político quien reflexiona sobre el contexto social en el que surgen ciertas obras literarias. Así, mientras que en “Twain en la gran gira” estudia el asunto del imperialismo a través de la mirada de este escritor norteamericano, la figura de Lincoln la analiza a través del examen de una de sus biografías. En cualquier caso, y al margen de la técnica adoptada, los **sesenta y dos** trabajos recogidos en este volumen constituyen un recorrido representativo por los hitos de la obra ensayística de Gore Vidal, así como un amplio muestrario de naves quemadas y apreciaciones concluyentes.

Desde que decidiera borrarse de un plumazo del panorama de la literatura norteamericana dominante con la publicación en plena juventud de *La ciudad y el pilar de sal*, novela sobre uno de los tópicos “prohibidos” por el *establishment*, este autor no dudó en correr toda clase de riesgos y acometer empresas que ningún escritor de su país hubiera emprendido anteriormente. Como consecuencia de los ataques de que fue objeto, Gore Vidal optó por refugiarse en La Rondinaia (el Nido de la Golondrina), su casa en la costa italiana de Amalfi. Desde su privilegiado puesto de observación, a caballo entre Europa y Estados Unidos, ajeno en la medida de lo posible a las maledicencias, el ensayista se consagró a su tarea de educar al lector y al ciudadano; al ciudadano como lector y al lector como ciudadano.

El asunto de la ficción

Escritos sobre literatura

Michel de Montaigne aseguraba que “El acto crítico, en última instancia, debe consistir en el análisis de la vida propia”. Este erudito del siglo XVI, que Vidal califica de “protoilustrado”, se retiró del mundo a los treinta y ocho años para leer y meditar sobre la vida, la amistad, la muerte. Montaigne encarna la figura del ensayista por excelencia, del estudioso en su torre dedicado a ensayar, a realizar una tentativa tras otra, o, parafraseando a Samuel Beckett, a probar otra vez, fracasar otra vez, fracasar mejor.

En buena medida, y a pesar de la intensa faceta pública que ha venido mostrando Gore Vidal, su disposición hacia el género del ensayo es esa misma: sea cual sea el tema que aborde, el escrito acaba por constituir un retrato de la experiencia propia, de su autor, bien por semejanza o bien por contraste. Así, cuando dice con respecto a Montaigne: “lo que más me llama la atención de sus divagaciones es lo poco común de su sentido. Vuelve un asunto del derecho y del revés y de pronto repara en algo que los otros no habían visto”,[vii] en realidad está poniendo de manifiesto su propia capacidad para, a fuerza de arremeter contra los límites, ir abriendo nuevas fronteras gracias, ante todo y sobre todo, a esa cualidad tan poco frecuente que es el sentido común. La tarea que se ha propuesto es la de hacer patente lo obvio, y para ello ha tenido que alejarse hasta obtener una perspectiva insólita, en parte debido a sus experiencias personales y en parte gracias a las mejores lecturas posibles.

Bernard Shaw aseguraba sentirse cómodo únicamente en presencia de los grandes muertos. Petronio, Apuleyo, Suetonio..., son nombres que afloran una y otra vez en los escritos de Gore Vidal, pero este autor tiene más presentes las

obras clásicas de la literatura que a los hombres que las escribieron, a quienes no duda en enmendar la plana cuando cree que hay razones para ello. “Los lugares y los libros que vuelvo a ver me sorprenden siempre con alguna noticia fresca”, decía Montaigne, autodidacta como Vidal, y esta voluntad de regreso al pasado, este tener la vista vuelta hacia los clásicos y la tradición francesa (Voltaire, Renard, Proust) en vez de estar atento al vicio de la novedad, lo diferencia en gran medida de una buena parte de los críticos norteamericanos, que no suelen prestar atención a aquello publicado allende sus fronteras y por tanto tienden a juzgar la obra de su compatriota según unos parámetros distintos.

La guerra palmaria que libra contra la crítica de su país es uno de los temas que destacan a lo largo de sus ensayos literarios. Gore Vidal no se anda con rodeos:

> hoy en día la charla libresca está dominada bien por burócratas académicos que persiguen a toda costa una carrera burocrática, bien por periodistas cuya “envidia leprosa” (según la hermosa expresión de Flaubert) ha tornado mefítico el aire de nuestra alcohólica república literaria.

Ya desde “Novelistas y críticos de los años cuarenta”, el primer escrito de carácter literario recogido en esta antología y que data de 1953, el autor se revuelve contra una crítica que juzga pueblerina y a la que no está dispuesto a seguir el juego, aunque eso conlleve el destierro de los departamentos de Literatura de la Academia. Vidal está plenamente convencido de que el objetivo de la obra literaria es su uso y no su

explicación, y, por tanto, le sacan de quicio las novelas escritas por profesores universitarios cuya única aspiración es la de servir como textos de docencia para un reducido grupo de alumnos que, a su vez, seguirá creando literatura para el consumo interno de los campus. Aunque se le haya acusado de elitista, el elitismo es un mal del que quiere huir y una tendencia que denuncia entre los profesores universitarios, que consideran la Academia como única metáfora del mundo, y que escriben los unos para los otros, dejando de lado a un público lector que, como respuesta, cada vez se muestra más indiferente a la literatura "seria".

> los que crecimos en los años cuarenta [...] consideramos la universidad (al igual que nuestros predecesores) como una especie de barrio de mala muerte, mucho peor que un contrato de guionista por un período de siete años en Columbia (los estudios de cine, no la universidad). A excepción de Saul Bellow, no se me ocurre ningún otro novelista importante que haya sido profesor universitario más o menos a lo largo de toda su carrera.

Esta clase de comentarios le han valido la expulsión de los círculos literarios más selectos de Estados Unidos, pero Vidal nunca ha querido formar parte de una literatura provinciana, de una tradición romántica que no le merece el menor respeto. Reconoce estar harto de vivir en permanente conflicto, pero no le queda otro remedio porque no participa de la cultura de los críticos norteamericanos ni comparte su código moral. A falta de auténticos clásicos, dice Vidal, una crítica paleta se ha esforzado por encumbrar a escritores de segunda

fila (y cuando habla de escritores de segunda fila se está refiriendo nada menos que a Melville, Steinbeck o Hemingway) que “han estado a punto de reventar debido a que son poseedores de una terrible verdad que no son capaces de expresar. La mayoría de las veces tiene que ver con la virtud del sentimiento en oposición al vicio del pensamiento. Mientras que quienes intentan desentrañar enigmas son áridos, estériles y antinaturales, los que divagan en una especie de aturdimiento excéntrico disfrutan de copiosos orgasmos, de la certeza de ser los elegidos de la tierra”.

Es evidente que Gore Vidal no ha recurrido al género del ensayo para hacer amigos entre sus pares literarios. Su objetivo es salir en defensa de nuevas generaciones de lectores cada vez más raquíticas y maltratadas, aunque para ello tenga que propinar reveses a toda suerte de figuras reconocidas. Con un desparpajo envidiable, asegura que la reputación de Henry Miller “como pornógrafo es en gran medida inmerecida. Aunque escribe mucho sobre el sexo, el único objeto que parece llegar a describir es su propio falo”. El mismísimo marqués de Sade no sale mejor parado, ya que su “visión [...] —de la que tanto se ha hablado a lo largo de este siglo— no es más que un maniqueísmo tirando a simplón, presentado con más pasión que lógica”. Dramaturgos y poetas tampoco escapan indemnes, pues aborrece “las voces de [...] esas enervantes obras dramáticas de Beckett; literalmente sin relación alguna con un mundo que seamos capaces de reconocer”. “Matthew Arnold y T. S. Eliot [son] a pesar de su genio, víctimas rituales al tiempo que héroes de la moda literaria.” Desde luego, una cosa es lanzar pullas a contemporáneos como Truman Capote o Tenessee Williams, cuyo “tono desdeñoso es el de santa Teresa fregando suelos”, y otra

muy distinta embestir contra vacas sagradas como William Faulkner, “cuya obra reciente, por desgracia, se viene pareciendo a una mala traducción de Píndaro” o Melville, quien, en *Moby Dick*, “se aseguró de que el lector acabara sabiendo tanto de la pesca de la ballena como él mismo, y poco más”.

Bien es cierto que estas opiniones las comparten muchos lectores, aunque, ¿quién se atreve a expresarlas de un modo tan descarnado? Al leer semejantes afirmaciones cabría pensar que están al alcance de cualquiera, si no fuera por el hecho de que nadie más las hace. A Vidal le divierte la polémica. Frente al vicio norteamericano de la explicación, él opta por el cruce de ideas, aunque para provocarlo tenga que recurrir a un estilo violento y *ad hominem*. Pero una de las grandes virtudes de este autor es que consigue llevar la polémica al ámbito de la estética. No sólo hay que conseguir demostrar que se tiene razón, sino que hay que hacerlo con tal elegancia que el oponente quede a la altura del fango y, llegado el caso, privado de la satisfacción de una última réplica.

No todo son ataques y descalificaciones en estos ensayos, sin embargo; ni mucho menos. Además de su admirado Montaigne, Vidal confiesa influencias de calado como, por ejemplo, la de Henry James, en quien se reconoce por el vínculo común de la experiencia del exilio. Este autor “únicamente era nativo de su familia... [...] él mismo era su gran realidad, un nuevo mundo, una *terra incognita* cuyo mapa le llevaría el resto de sus días trazar para nosotros”. Lo cierto es que, con esta fervorosa descripción, Vidal está, una vez más, retratándose a sí mismo, pero ello no obsta para que le muestre todo su respeto —y, hablando de nuestro autor, eso no es baladí— en calidad de crítico literario, como demuestra en el tal vez un tanto ambiguo

“La cháchara libresca de Henry James”, detallado recuento de la más reciente edición de sus escritos críticos. No tiene empacho en reconocerlo “maestro de la novela en inglés como nadie lo había sido antes ni lo ha sido desde entonces” y, no en vano, a *La copa dorada* dedica uno de sus ensayos más logrados. A lo largo de éste, y con la ayuda de las anotaciones del propio escritor, se centra en la gestación y desvela las claves de una obra en la que James “de sus personajes hace dioses, y los convierte en oro”, aunque, en el último párrafo, Vidal no puede evitar el arrebato saturnino y se presta a describir los momentos postreros del autor (superada la pornografía, la muerte es “la nueva obscenidad”, y constituye la última frontera morbosa por explorar), el “delirio final [...] con la mente rebosante de visiones doradas e imperiales”. Si en el primero de los dos escritos dedicados a James, Vidal se muestra firme y, aunque con reverencia, no se abstiene de poner de relieve los errores de juicio cometidos por el autor, al final del segundo da rienda suelta a esa añoranza que subyace en toda su obra y que en ocasiones no logra reprimir.

Oscar Wilde también se encuentra entre ese reducido grupo de autores por los que guarda admiración, pero Gore Vidal siempre opta por lo más inesperado, es imposible predecir lo que hará, y así, con respecto a esta figura literaria, a la que por las obvias semejanzas —sí, demasiado obvias, tal vez— cabría esperar defendiera a capa y espada, se pregunta: “¿Es necesario tener un corazón de piedra para leer *La balada de la cárcel de Reading* sin reírse?”. La postura más cómoda sería apoyarse en un autor de renombre como éste para defender su “derecho a la diferencia”, pero, lejos de lamerse las heridas provocadas por una crítica implacable y buscar comprensión por

la vía más fácil, se revuelve una vez más, pone de manifiesto el exhibicionismo de Wilde y, ya de paso, aprovecha para mofarse de las teorías freudianas que achacan ciertos comportamientos "anómalos" a la opresión materna.

Algo similar se observa con respecto a la figura de Mishima "un hombre exactamente contemporáneo a mí, cuya carrera guardaba numerosas similitudes con la mía, aunque no hasta el grado que supusieran ciertos críticos de los años cincuenta". Al igual que Vidal, Mishima destacó en géneros diversos, hizo sus pinitos en el cine y se caracterizó por la militancia política. "El alcance, la variedad y el carácter público de su carrera me resultan de una ominosa familiaridad", pero, quizá, lo que más le asemeja a Mishima es la obsesión por la idea de la muerte, por la decadencia del propio cuerpo y la nostalgia de una Edad de Oro, "el sueño dorado, la mimosa, la libertad total y todo aquel hermoso tiempo que nos quedaba por consumir, ahora ya consumido". Aunque, una vez más, salta el ramalazo destructivo y no puede evitar hacer el comentario de que "En realidad, sus preferencias literarias son de lo más horteras", el ensayo titulado "La muerte de Mishima" es un sentido homenaje, como también lo es "Anthony Burgess", digno de mención porque constituye el único caso en que Vidal confiesa haberse quedado sin palabras, o, mejor dicho, haberse mordido la lengua para no incurrir en ninguna fatuidad. La ocasión no era para menos. Burgess, gravemente enfermo, le comentó: "'Qué raro. [...] No hago más que mirar el reloj. Es como un tic. Me pregunto a qué se debe.' Por una vez, no hice comentario alguno".

Dejando a un lado esta ocasión singular, el comedimiento no es precisamente lo que caracteriza los escritos de este autor. En sus composiciones, el tono constituye muchas veces el ensayo en sí. A diferencia de lo que ocurre en sus novelas, en los ensayos utiliza una voz muy parecida a la suya propia, a la que oímos en sus entrevistas y en conversaciones con amigos. Es una voz que ya está formada para cuando escribe sus primeras obras de carácter crítico a principios de los años cincuenta, pero que, con el paso de los años y las décadas, se va puliendo y acerando hasta llegar a la concisión que le caracteriza hoy en día.

Vidal habla en repetidas ocasiones de algo tan ambiguo como es el ritmo y la musicalidad. No existen reglas precisas para nada semejante, aunque esa musicalidad es innegable en sus propios escritos. A través de estructuras sintácticas endiabladamente precisas —y endiabladamente difíciles de trasladar al castellano sin que el resultado sea demasiado anguloso y sincopado— sabe cerrar los párrafos de tal modo que corta el aliento al lector y le obliga a hacer un alto para la reflexión. Unas veces opta por el portazo irrecusable. Otras, los múltiples eslabones que componen la cadena de la argumentación van trabándose y el bloque entero del párrafo se asienta, al cabo, como una piedra de toque. Pero, en la mayoría de las ocasiones, cuando el razonamiento se torna solemne en exceso y es susceptible de rozar la pomposidad, la frase final se erige en un coletazo de ironía que, sin restar un ápice de contundencia a lo expuesto, alivia su seriedad y lo fija en la

memoria del lector gracias a la carcajada. Con respecto a Mark Twain, otro pionero norteamericano al que, en la misma medida que a Henry Adams, reconoce como una de sus principales influencias, dice que al leer su prosa, “escrita de su puño y letra, se ve una y otra vez que es todo un humorista cuyas frases más graciosas están minuciosamente ubicadas al final de cada observación, menguando así la posible tensión con risas”. Esta técnica la vemos recreada de forma tenaz en los escritos del presente volumen, con más acierto y mayor sutileza si cabe conforme va pasando el tiempo.

Vidal, con una prosa limpia que rara vez se pierde en abstracciones, es un genio del efecto rápido y súbito. Mediante unas pinceladas es capaz de encumbrar o condenar con toda vehemencia, pero hay ocasiones en las que esta virtud, esta facilidad para la pirotecnia, juega en su contra, ya que no puede resistirse al atractivo de la frase brillante aunque vaya en detrimento de la argumentación. En ciertos momentos, tal vez llevado por el entusiasmo, incurre en aforismos que no por faltos de fundamento resultan menos interesantes. “Como coro rimbombante en el drama de la República, los escritores han sustituido al clero”, afirma sin sonrojo. O, “El buen juicio [es] una cualidad de la que carece por completo la literatura norteamericana, ámbito en el que la estupidez —si es lo bastante sincera y auténtica—, se admira profundamente y se alcanza sin esfuerzo”. Fuera de contexto, frases semejantes pueden parecer vanas, pero en el devenir de sus razonamientos, constituyen remansos de sentido del humor que soslayan el peligro de la grandilocuencia. Gore Vidal tiene perfectamente claro que quiere ganarse al lector, ponerlo de su parte, invitarlo

a esa atalaya desde la que se permite contemplar y juzgar los trabajos ajenos. Mientras que su estilo puede ser desdeñoso con los autores que tiene atravesados, al lector lo trata con sumo respeto y le hace partícipe de sus dudas. Hay que agradecerle que en la redacción de muchos de sus ensayos revele los entresijos, ponga al descubierto los andamios y nos permita ver cómo afina sus lucubraciones, dejando constancia de las opciones descartadas y de esos posibles prejuicios frente a tal o cual particular que sin duda han podido influir en la postura que adopta. Vidal reconoce depender en buena medida "de lo parentético —el comentario superpuesto a la argumentación directa, o a la versión seria del aspecto cómico—".[viii] Estableciendo una relación de igual a igual, se congracia con el lector por medio de frases como: "Es una pena, pero corren tiempos miserables, ¿verdad?". A ver quién es capaz de no mostrarse de acuerdo con él.

En un estilo de ensayo que se plantea como una conversación, y en el que, de hecho, a veces se reproducen los comentarios del público que acude a una de sus conferencias o las reservas de un contertulio que escucha su discurso, inserta apartes como, "Pero no veo por qué no se puede hacer las dos cosas. O ninguna de ellas. O una. O la otra", al igual que reflexiones de carácter más liviano del tipo, "Por cierto, para la antimateria, ¿somos antiantimateria o no somos materia en absoluto?". Cuando intercala alguna pregunta retórica como, "¿me atrevo a decirlo?", el lector no puede por menos de murmurar para su coleto: "Adelante, atrévete". Incluso cuando reconoce que, por ejemplo, Donald Barthelme, escritor de cuya obra hace una crítica brutal en "La plástica americana", tiene cierto talento, se vuelve atrás de inmediato de esta concesión,

comentando: “¿Cito un ejemplo? Mejor que no”. Es posible que dicho autor tenga ciertas dotes, parece decir, pero mejor no aburrir al lector con sus “frasecillas”.

Hay en su obra una constante voluntad de desmitificación, tarea que puede acometer con pleno derecho porque a lo largo de su vida ha conocido en persona a los escritores contemporáneos más importantes y ha podido comprobar de primera mano el contraste entre su obra y sus vidas. Así, con respecto a Fitzgerald, no duda en decir que, a pesar de que se haya intentado forjar la leyenda del joven escritor fallecido en el momento de máximo esplendor, “En realidad, la piltrafa de cuarenta y cuatro años al fondo de Laurel Canyon no era joven ni estaba en plena gloria cuando cayó muerta”, echando así por tierra la tarea de la industria académica, que se ha dedicado a recrear “para una nueva generación al joven rubio y brillante, por siempre glorioso y abocado a la perdición”. Otro mito que quiere rebatir es el de los escritores malditos que se refugiaron en el alcohol y que, por su vida intensamente desafortunada, tan atractivos resultan a muchos aburridos —y cualquiera diría que forzosamente abstemios— profesores universitarios. “Los excesos con la bebida impidieron a Hemingway escribir nada de valía en sus últimos años; [... y] convirtieron al William Faulkner de *Mientras agonizo* en un personaje de fábula.” Así y todo, está convencido de que la docencia ha abocado a la ruina a más escritores que la bebida.

Aunque la mayor virtud de Vidal no es el análisis prolongado y puntilloso, sino el fogonazo de ingenio, el ensayo más breve y definitivo, la vista panorámica que se va cerrando rápidamente para cernerse sobre los puntos flacos del texto

analizado, hay ocasiones en las que se explaya, sacando a relucir en un estudio concienzudo las imperfecciones de una obra, como hace con las memorias y la novela *La belleza de los lirios* de John Updike en “La madriguera del propio ‘Conejo’”, o con la novela *Death Kit*, de la fallecida Susan Sontag. Pero es en sus ataques más impetuosos donde Gore Vidal luce en todo su esplendor crítico, y un buen ejemplo lo constituye el despiece a que somete una recopilación de ensayos del crítico literario Richard Gilman.

> Al leer *The Confusion of Realms* (en un ejercicio de contención me he abstenido de hacer ningún juego de palabras con el título: un gángster habría abundado en ello), me pregunto quién lee esta clase de obra y qué satisfacción o enseñanza obtiene de ella. ¿Existe un público del que no sé nada? Es muy posible. Después de todo, a menudo estoy fuera de Estados Unidos. Por lo que yo sé podría haber estudiantes de pedagogía que leen minuciosamente (¿moviendo los labios?) estas prolongadas confusiones, pero lo dudo.

En el transcurso de un párrafo breve, halaga su propia contención (nada más lejos de la realidad, pero precisamente por ello más divertido es el comentario), pone en duda que haya nadie que desee leer el libro del señor Gilman (pues, al parecer, nadie podría extraer nada positivo del mismo) y aprovecha para criticar el sistema educativo estadounidense y

el “fraude de la educación formal” al preguntarse, como de pasada, si los estudiantes son capaces de leer sin vocalizar cada sílaba.

También se permite hacer digresiones caricaturescas, remachando los clavos del ataúd de la víctima, a quien le costará Dios y ayuda levantar cabeza, si es que llega a hacerlo. “Mientras escribo, he estado pensando en otras carreras para el señor Gilman. ¿Profesor de literatura? No. Sería redundante. El comentario político o la política activa están descartados, pues no muestra gran interés en cosas semejantes. [...] ¿Entrenador de un equipo de lucha libre femenina? ¿Trabajador manual? No tengo modo de averiguar su auténtico talento, de modo que, si lo acepto por lo que él mismo querría ser, un escritor, puedo albergar ciertas esperanzas.”

Para rematar la faena, en un alarde de insolencia suma, Vidal dice: “si enderezara su trayectoria, nosotros los héroes le permitiríamos encantados que nos prestara sus servicios, si no en el Panteón, al menos como fiel astero en el alto Valhalla”. En labios de otro, la osadía de calificarse de héroe y relegar al contrincante al trabajo de astero sería imperdonable, pero Vidal consigue que nos pongamos de su parte sin reticencias porque sabemos que no acaba de hablar del todo en serio, que no se toma a sí mismo con solemnidad, que, en realidad, todo es una gran farsa cuyo único fin consiste en poner en su sitio a alguna “ardillita estudiosa”, aunque para ello haya que recurrir a la parodia y la deformación agresiva.

En el polo opuesto de las recensiones implacables están aquellos ensayos en los que se analiza la obra de un autor en tono más reposado, recurriendo a un enfoque más global en el que la personalidad del escritor pasa a un segundo plano frente a sus escritos. Aquí, el crítico intenta zafarse del error de adoptar una opción moral en detrimento de lo que hay sobre la página impresa. En sus conversaciones con Robert J. Stanton, Gore Vidal revela el método que utiliza para abordar la obra de un autor determinado:

> Emprendo un viaje. [...] Leo los libros en el orden en que fueron publicados. Obtengo impresiones, puntos de vista. Sin la menor duda, mucho se me escapa. Y al final, me quedo con *algo*. Hago una descripción de lo que he leído. Si hay un tema, allí estará. Si no, no. No lo busco. Recibo las palabras tal como vienen. Las relaciones entre sí; con otros trabajos de otros escritores que me evocan. En última instancia es la imaginación la que debe hacer el trabajo de síntesis.[ix]

En vez de buscar el lucimiento, el crítico no interpreta las obras del autor sino que se limita a dejar que éstas hablen por sí mismas a través de la selección y la ordenación de motivos. El mejor ejemplo de esta técnica lo constituye “Las novelas de Calvino”, ensayo sobre el escritor italiano, al que, movido por la mutua admiración y una intensa amistad, introdujo en el mercado anglosajón.

Gracias a fragmentos esenciales de las novelas unidos entre sí por sucintos párrafos de enlace, el lector se hace una idea precisa y ordenada de la obra en cuestión, llegando casi a

olvidar que se trata de una tarea analítica. Con su habitual facilidad para pasar de lo puntual a lo universal, el crítico va haciéndonos partícipes de la evolución del autor a base de toques que, como no podía ser de otro modo, no andan exentos de sentido del humor: “Al avanzar su carrera, Calvino eliminará prácticamente por completo a hombres y mujeres a medida que vaya recreando el cosmos. Mientras tanto, en sus inicios, es un escritor enérgico, aunque en ocasiones un tanto patoso”.

Poco a poco van surgiendo las relaciones y las comparaciones (Golding, Malaparte, Borges), pero al final, casi por voluntad propia, aflora en toda su riqueza el tema, que no es otro que “la multiplicidad y la integridad [...] cuando todas las ciudades [...] son la Ciudad [...] cuando escritor y lector se convierten en uno, o en Uno”.

Fiel a su estilo más centrado en el proceso que en la conclusión explicativa, reconoce: “Calvino nos ofrece ‘la condición humana’. [...] Es decir, la condición humana *hoy en día*, o el dilema del hombre moderno, o el medio ambiente desbaratado, o la venganza de la naturaleza, o una alegoría de la elegancia. Lo que sea..., pero, al cabo, una historia es lo que cuenta, y ya está”.

También por sistema, Vidal acostumbra a añadir los dos últimos párrafos algún tiempo después de haber escrito el grueso del ensayo, pues la escritura es una forma de aprendizaje, y rara vez acaba el trabajo sin haber averiguado algo que no sabía al comenzar. Precisamente con respecto a los últimos párrafos de las obras de Calvino, comenta: “son casi siempre jubilosos, la clase de alegres codas que sólo podría

escribir alguien que albergue un profundo pesimismo con respecto a la condición humana”. Una vez más, al describir a otro autor, Vidal está trazando una semblanza de sí mismo, y, en este caso, de ambos a imagen y semejanza de Montaigne, que entendía sus escritos como un intento de evitar el error en que incurrimos al confundir “la vida con las preocupaciones por la muerte, y la muerte con las preocupaciones por la vida”. Con las mismas ansias didácticas que el erudito francés, Vidal se afana, un escrito tras otro, en dejar una herencia que sirva de orientación a generaciones venideras de lectores:

> Tampoco es extraño que, al pensar en la propia desaparición, en momentos de rabia repentina, uno quiera llevarse la luz consigo. Pero es señal de lucidez reconocer la propia insignificancia y no sólo renunciar a la vanidad ante la muerte, lo que de todos modos significa aceptarla, sino hacerlo con deliberada elegancia como ejemplo para los jóvenes de los que depende la frágil continuidad de nuestra raza, que, al fin y al cabo, es todo lo que hay. Yo creía que lo que movía a uno a escribir era la necesidad de hacer algo útil por los supervivientes, la necesidad de decir: yo fui y ahora eres tú, y te dejo el mejor mapa que fui capaz de elaborar de mis propios viajes.

A tenor de declaraciones como ésta, difícilmente se podría argüir que nos encontramos ante un autor “frívolo” o “narcisista”, aunque, leal a su forma de entender la vida y a su aliento burlón, no puede evitar el comentario: “En la traducción de Frame [de su ejemplar de las obras de Montaigne] hay un

‘Cuán cierto’ al margen, junto a lo que podría ser la marca de una lágrima, si no oliera todavía a whisky”. Como siempre, con un malicioso coletazo a modo de remate, Gore Vidal nos salva de hundirnos por completo en la añoranza.

Los placeres del caos

Escritos sobre política

En la década de los sesenta, tras una enjundiosa incursión en la vida política como candidato demócrata al Congreso, Gore Vidal tuvo que decidir entre seguir los derroteros de la política o los de la literatura. Más que optar por una profesión, lo que hizo fue elegir entre dos formas de entender la vida completamente opuestas. Si el político, por naturaleza o por instinto de supervivencia, está obligado a moverse por los vericuetos del eufemismo y la mentira y tiende a oscurecer su mensaje con objeto de no perder votantes, el escritor tiene precisamente el fin contrario, es decir, la precisión y la claridad, la imperiosa necesidad de comunicarse de forma inteligible. Al planteársele la disyuntiva entre la mendacidad del político y la veracidad del escritor, optó por la segunda, aunque no por ello ha dejado en ningún momento de ser un beligerante crítico social.

En alguna ocasión se ha referido a sus novelas como una forma de hacer la guerra. Y lo cierto es que su serie de novelas centrada en el proceso de transformación de Estados Unidos de República en Imperio, constituye toda una avanzadilla en la lucha por devolver la conciencia histórica a un país que existe “en una especie de vacío en el tiempo: no tenemos memoria pública de nada que ocurriera más allá del martes pasado”. La

finalidad de Gore Vidal como ensayista político siempre ha sido la de erigirse en vigía y augur. El suyo es un esfuerzo denodado por contribuir a la educación de un ciudadano hoy por hoy amorfo, que se pliega con docilidad a las continuas campañas de mensajes institucionales: “para hacer que los norteamericanos voten una y otra vez en contra de sus propios intereses, hace falta una manipulación del más alto orden, que en estos Estados tan extraordinariamente Unidos comienza nada más nacer y no acaba nunca”.

Puesto que, en virtud de sus relaciones familiares, Vidal se codeó desde muy joven —de hecho, ya desde niño— con personajes destacados de la política estadounidense, siempre ha tenido una idea perfectamente clara de cómo funcionaba la maquinaria del poder y cuáles han sido y son los “delicados hilos” de los que hay que tirar para conseguir abrirse paso en un mundo con tantas dobleces. Al haber conocido en persona a figuras como el matrimonio Roosevelt o el clan de los Kennedy, entre muchos otros, puede ofrecernos una imagen nítida de lo que se cuece en las altas esferas, pero en vez de pontificar desde la cima, Vidal tiene el don de invitarnos a revisar los temas desde dentro. Lo cuenta todo como testigo de primera mano y nos insta a compartir su visión privilegiada. Sabe situarnos en un escenario que él conoce de maravilla y se las arregla para transmitirnos una inmensa cantidad de información que es capaz de recoger y transformar en ficción, o que, en los ensayos, nos instila de forma casi soterrada, sin que lleguemos a darnos cuenta de ello y sin abrumarnos con datos superfluos. “Al hacer una lectura paralela de las novelas y los ensayos, a uno le llama inevitablemente la atención la continuidad de la voz, la mezcla de ficción y realidad en una suerte de

metanarrativa en la que la verdad literal y la verdad imaginativa se funden", dice Jay Parini,[x] haciéndose eco de una de las mayores virtudes de este autor, que es la de proclamar realidades tan evidentes como poco conocidas a través de relatos amenos que, tras la carcajada, dejan una amarga sonrisa en los labios y un poso de desazón.

En su primer ensayo de carácter político, "Los doce césares", que constituye un paseo por la historia romana "desde el 49 a. C. al 96 d. C. como la narración íntima de los doce hombres que ostentaban poder absoluto", Gore Vidal empieza a advertir a sus lectores, a sus conciudadanos, del peligro ante el desastre de despreocuparse de la vida política, de la amenaza que supone dejar las cosas en manos de cualquier mesías que ofrezca soluciones atractivas.

Igual que Suetonio, intenta poner un espejo ante los soberanos para, al reflejar su imagen, obtener también un reflejo de la nuestra, la de ciudadanos tan tornadizos y susceptibles de caer en la corrupción como aquellos que nos gobiernan. No obstante, con el paso del tiempo, el autor va transformando el espejo en un ojo de buey que nos permite atisbar lo que está por venir, que nos da la oportunidad de echar un vistazo al caos, un caos que, en un alarde de fatalismo epicúreo, considera no exento de atractivos y placeres.

En el prólogo a *Patria e Imperio*, recopilación de ensayos de carácter político en los que Vidal parodia los discursos sobre el estado de la Unión anualmente pronunciados por el presidente de EE. UU., Manuel Vázquez Montalbán observa cómo este autor

> explicita su voluntad de combate contra lo que le disgusta, no lo padece, lo convierte en un arma arrojadiza. Comparte con Mailer la voluntad de diagnóstico sobre el presente de la vida y la política norteamericana y una cierta aspiración a transgredir arremetiendo contra los tópicos del canon virtual e histórico...[xi]

El propio Vidal reconoce tener una paciencia nula con la injusticia y un instinto asesino muy bien desarrollado que intenta canalizar hacia buenas causas, porque, en el fondo, es un escritor profundamente moral, en el sentido de que en sus obras siempre aborda decisiones morales. Por fortuna, tiene la cualidad redentora de convertir su ira en arte. Al mismo tiempo, se reconoce radical, pero no en el sentido tergiversado que se da a esta palabra en el ámbito político de su país, sino en el de ser una persona que siempre intenta llegar al fondo del asunto, a la raíz de los problemas. En esta línea, cuando acomete contra supersticiones de la tribu como la promiscuidad o la homosexualidad entendidas como lacras, se remonta a la época en que fue redactado el Levítico, y analiza, recurriendo a la etimología, cómo entonces tenía razón de ser una condena que ahora se ha tornado sencillamente absurda.

> La clave del misterio es la palabra abominación, que se deriva del término hebreo *to'ebah*, que significa idólatra. En la época del Levítico (y mucho antes), en todo el Oriente Medio se adoraba a la Gran Diosa, que tenía muchos nombres: Cibeles, Astarté, Diana, Anahita. Puesto que los judíos eran de la opinión de que la Gran Diosa estaba en pugna directa con su Gran Dios, denunciaron a

> sus adoradores como idólatras, o *to'ebah*, o abominables; y sobre todo se pronunciaron en contra del sexo ritual asociado con su culto.

Los abundantes ensayos en los que aborda el abismo que media entre moralidad pública y privada y analiza la injerencia del Gobierno en asuntos como los actos sexuales que se salen de la norma, el consumo de drogas, la violación, el aborto, la publicación de pornografía y, por ende, la libertad de expresión, han dado lugar a infinidad de debates en un país en el que, cuando algo no agrada, hay tendencia a volver la cabeza y seguir hablando como si no ocurriera nada. Gore siempre ha abogado por un espacio de moralidad privada que no sea asunto de la ley ni del Estado, un remanso individual en el que no pueda inmiscuirse el Gobierno. Considera que la opinión pública es un batiburrillo de superstición, falta de información y prejuicios y que, por tanto, no nos podemos atener a lo que se ha dado en denominar "norma general" para juzgar hechos concretos y privados. Pero su "manía" de poner en tela de juicio la legitimidad del Gobierno para aplicar a sus ciudadanos una moral, determinada en buena medida por ancestrales creencias religiosas, no le ha salido gratis.

¿Tiene el Estado derecho a castigar el pecado?, se pregunta con insistencia. Pues bien, los "pecados" de Gore Vidal han sido perseguidos casi desde antes de que empezara a publicar sus ensayos políticos, siendo sometido a una censura que ha tomado formas diversas. En más de una ocasión, publicaciones de renombre han rechazado artículos suyos

repletos de verdades profundamente incómodas después de habérselos encargado. Paralelamente, una buena parte de la prensa ha adoptado una actitud de supuesta indiferencia ante su obra literaria. Pero los casos más flagrantes de censura se han dado en los medios audiovisuales. Con motivo de una entrevista televisada, por ejemplo, se omitieron las réplicas de Vidal a uno de los invitados y se interrumpió definitivamente su aportación por supuestos problemas técnicos. Según afirma, este hecho no constituye un caso aislado, ya que, en tiempos recientes, se le ha dejado fuera de antena a la mera mención de la palabra "Waco", en referencia a la masacre allí cometida por el FBI. Asimismo, cuando, en 1996, Vidal escribió y presentó una serie documental sobre la presidencia norteamericana, la directiva de NBC consideró que sus opiniones eran demasiado osadas, y, sin consultarle ni darle derecho a réplica, decidió emitirla añadiendo los comentarios de un panel de historiadores afectos. En "Mickey Mouse, historiador", Vidal hace una desternillante caricatura de estos "expertos", a los que describe con voz ratonil, su birrete de jueces convertido en unas trémulas orejas de roedor. Pero no le hace falta adjetivar demasiado, pues basta con que yuxtaponga el texto del documental original para que veamos hasta dónde llega la tergiversación llevada a cabo por estos "dispensadores de Opinión" pagados por las mismas empresas que tienen el control del Gobierno. Por suerte, los avances técnicos han contribuido a sortear los problemas de una actitud de rechazo y tergiversación que va más allá de la censura, y gracias a los *web-logs* colgados en la Red podemos seguir casi a tiempo real

las polémicas que suscitan los comentarios de Gore Vidal —y que, de otro modo, pasarían desapercibidas— como, sin ir más lejos, su afirmación de que la tan cacareada “Guerra contra el Terror” es equiparable a la “Guerra contra la Caspa”, por la sencilla razón de que no se puede combatir un nombre abstracto, o su convencimiento de que tras la reciente victoria de los imperialistas radicales, es posible que no vuelva a haber unas elecciones a carta cabal en Estados Unidos.

El norteamericano —y, como reflejo del Imperio, también el europeo— es un pueblo acostumbrado a que le doren la píldora, y cuando se le dice las cosas sin rodeos, se le crea un sentimiento de desconcierto. Sea como fuere, Vidal es consciente de que “Hay tiempos, no obstante, en los que más vale que alguien se meta en líos antes de que los líos se conviertan en una catástrofe”. Como observa Pickering, está convencido de que el individuo debería aceptar la responsabilidad de sus actos y ser lo bastante íntegro como para poner de relieve la superstición y el pensamiento chabacano. Pero este no es un buen momento para la disensión, “no hay que levantar la liebre porque todos vamos en el mismo barco y nos ganamos la vida de maravilla gracias a EE.UU., S.A. Describir las cosas tal como son equivale a ser un mierda y ya sabemos lo que les ocurre a los mierdas: se tira de la cadena y desaparecen. Por desgracia, para culminar esta desbocada metáfora, las aguas de la República están hechas una porquería de tanto tirar de la cadena, y nos envenenamos al beber”. Sería difícil hablar con mayor claridad.

En un país que se asienta sobre tópicos y asunciones que nadie se atreve a poner en duda, en el que “hay que vadear todo un mar de evasivas” para llegar a los hechos más simples, el autor de sátiras no es un personaje bien visto. Tal vez por el pasado puritano de Norteamérica, la ironía no ha acabado de calar entre sus conciudadanos. De resultas de ello a este escritor, por lo general, se le entiende mejor en otros lugares que en Estados Unidos, en donde parece haber una grave carencia de “sentido del humor, característica que gentes de otros países han observado en los norteamericanos en general, y en los novelistas serios y pesados en particular. Todavía hace falta que una buena parte de la civilización llegue a cierto nivel para alcanzar eso que se considera ingenio”.

La sátira no es ecuánime y simplifica el objeto de su ataque; es, por naturaleza, reduccionista, pero, al mismo tiempo, constituye una de las armas más efectivas para remover las conciencias, como bien demostrara Jonathan Swift, uno de los principales referentes de Gore Vidal como enemigo de lo efímero y lo trivial, de la mediocridad y la ineptitud. Siguiendo la estela del erudito irlandés, este autor también hace “modestas propuestas” para mejorar la sociedad, aunque allí donde el primero sugería que los padres se comieran a sus hijos para erradicar el problema de la hambruna en Irlanda, el segundo opta por un enfoque igualmente jocoso pero bastante más realista para poner freno al problema de la superpoblación: “ya tenemos más criaturas de las que se necesitan y hay una escasez evidente de ciudadanos útiles que estén satisfechos de sí mismos”, afirma, y sugiere que, “A estas alturas, lo más juicioso sería establecer una serie distinta de acuerdos para la

raza humana. A todas luces, menos familias equivaldría a menos niños, y eso es bueno. A quienes estén dotados para la paternidad (una minoría infinitamente reducida) se les debería instar a tener hijos. A quienes no lo estén, habría que desanimarles. La gente seguiría viviendo en pareja si así lo deseara, pero la presión social de producir hijos sería menor".

Otra de las bestias negras que tanto Swift como Vidal tienen en su punto de mira es la religión como herramienta de represión. Allí donde uno prefería los recursos de la hipérbole y reducción al absurdo al elucubrar acerca de la abolición del cristianismo en Inglaterra, el otro adopta una postura mucho más directa y declara: "El gran mal innombrable en el centro de nuestra cultura es el monoteísmo. A partir de un texto barbárico de la Edad del Bronce conocido como el Antiguo Testamento se han desarrollado tres religiones inhumanas: judaísmo, cristianismo e islamismo".

Pero si Vidal es implacable con los tabúes sexuales y la mojigatería despótica, no lo es menos con la corrupción política, lacra que denuncia en numerosos artículos, tanto a pie de calle (la policía) como en las más altas instancias (el Congreso, el Senado y la propia presidencia). "Cuando me presenté al Congreso como candidato demócrata en 1960, pillé a más de un republicano comprando votos. Tenía intención de presentar una demanda pero un líder de mi partido me disuadió. 'Si se la clavas aquí, ellos nos la clavarán en algún otro punto del Estado'."

Como se viene poniendo de manifiesto, Gore Vidal no tiene ningún reparo en decir sin ambages lo que piensa, aunque eso le haga blanco de todas las críticas, alguna querella y no pocas amenazas. Cuando, a principios de 2001, el terrorista

condenado a muerte Timothy McVeigh le invitó a asistir como testigo a su propia ejecución, muchos se frotaron las manos en anticipación de un relato en la línea de *A Sangre Fría*, de Capote, o *La canción del verdugo*, de Mailer, pero la gran mayoría se cebó con él por considerar que su actitud, su voluntad de entendimiento, daba pábulo al autor de un atentado tan sanguinario como el de Oklahoma, en el que la voladura de unas oficinas del FBI provocó la muerte de sesenta y ocho personas. Sorprendiendo a unos y a otros, la respuesta de Vidal fue el circunspecto ensayo "El sentido de Timothy McVeigh", en el que se analizan los motivos que llevaron a un joven "patriota" a cometer un acto tan cruento, dejando claro, eso sí, que entender su postura, e incluso compartir algunas de sus ideas sobre "un aparato federal paranoico en constante alerta ante cualquier violación de sus estrictas prohibiciones", no equivale en modo alguno a justificar sus actos. En un momento en que nadie parecía interesado en averiguar cuáles habían sido las tesis de las que se partió para llevar a cabo la atrocidad, Vidal cometía la imprudencia de desechar una idea tan conveniente como la del terror ciego personificado en un solo hombre —ya sea McVeigh o Bin Laden— sin otra motivación que una profunda maldad shakespeariana. Espoleado por su terca curiosidad, rastreó los numerosos errores de procedimiento y los intereses creados en el juicio en que se condenó a McVeigh, y optó por ahondar en las circunstancias políticas que dieron pie a la tragedia. Una vez más, Vidal se había visto obligado a proclamar lo evidente, y a hacerlo con crueldad, pero con una crueldad que no era gratuita, sino que estribaba precisamente en lo acertado de su denuncia: si su percepción resulta despiadada es porque da en el clavo.

Quien un par de años antes de que asesinaran a Kennedy dijo: “ese cargo [la presidencia] es hoy en día literalmente letal, y a pesar de su juventud, es posible que Kennedy no sobreviva, cosa que, me temo, no le preocupa en exceso”, observaba en 1998, mucho antes de los atentados contra las Torre Gemelas de Nueva York: “El gran problema de vivir en un país en el que la información y la educación están tan controladas es que llega poquísima información a los consumidores sobre nuestra situación actual. En vez de eso, se nos asegura que quienes envidian nuestra riqueza y nuestra bondad nos odian tanto que cometen acciones terroristas por puro rencor”. A la luz de acontecimientos posteriores, comentarios así denotan, cuando menos, una cierta presciencia.

Apenas una semana después del 11 de septiembre, mientras la actitud general de los intelectuales mediáticos era la de que todo había cambiado drásticamente y nada volvería a ser lo mismo a partir de entonces, él no hizo más que reafirmarse en lo que siempre ha venido diciendo. En “El martes negro”, Vidal insiste en lo descaminado de la política exterior norteamericana, advierte sobre los periodistas que vocean en tono exaltado el inicio de la primera guerra del siglo XXI estableciendo dudosos paralelismos con el ataque a Pearl Harbor en 1941, y denuncia el feroz recorte de libertades civiles que empezó a darse inmediatamente, como la suspensión del hábeas corpus y los juicios militares para los sospechosos de estar implicados en actividades terroristas.

Ante situaciones tan delicadas, cada vez le resulta más difícil no perder el sentido del humor, pero siempre encuentra ocasión para esbozar alguna mueca sardónica, y, en este caso, como quien no quiere la cosa, comentaba: “Nuestro Gobierno

esconde muchísimos secretos que, al parecer, nuestros enemigos siempre conocen y de los que nuestro pueblo no llega a enterarse hasta años después”.

Con sus diatribas contra Bush, hijo, y su más reciente análisis sobre el Estado de la Unión —en el que sobre todo abunda en lo que ya dijera en ocasiones anteriores, pero también denuncia que, en el tiempo transcurrido desde que pronunció el primero de ellos, el escenario político está patas arriba y la América Imperial es el escándalo de lo que se suele llamar sociedad libre—, la polémica vuelve a estar servida y los reproches no se han hecho esperar, de modo que, ahora más que nunca, conviene recordar las elogiosas palabras que le dedicara, hace ya muchos años, su difunto amigo Italo Calvino, una de las personas que mejor entendió la denostada actitud de este autor:

> En una época de trágicas confusiones en la que la lengua sirve más para disimular que para revelar, los únicos discursos serios son los que se pronuncian como quitándole hierro al asunto.[xii]

*****

Ahora que los huesos quebradizos le han obligado a abandonar —parece ser que definitivamente— su refugio en el Nido de la Golondrina, Gore Vidal sigue afinando la puntería y escribiendo a destajo sobre todo aquello que le concierne precisamente porque nos concierne a todos. El patricio exiliado por voluntad propia que antaño fuera una de las principales voces de la revolución contracultural, ha aceptado su sino de lanzar piedras sin esconder la mano. Ante las acusaciones de

cinismo, él sigue respondiendo que su actitud es realista. Sin embargo, aunque su agresividad no ha menguado en este medio siglo largo, cada vez resulta más patente la profunda melancolía que impregna todos sus escritos. Llegado el momento de contemplarse en el espejo para ver las incursiones que ha hecho la muerte desde la última vez que mirara, no le importa volver la vista atrás y recordar con cariño a los que se fueron, ni le avergüenza concluir con notas cada vez más nostálgicas sus escritos.

"Todo se está agotando, y ya llevamos recorrido un buen trecho del frío y polvoriento camino hacia la entropía. No creo que se pueda hacer gran cosa para detener este proceso", pero, por si acaso, por si aún hubiera remedio, el eterno polemista sigue en la brecha procurando dejar su huella como una humilde afirmación dentro de una inmensa negación, intentado marcar el rumbo más adecuado para un ciudadano y una sociedad a la deriva.

---

[i] Stanton, J. R. y Vidal, G., eds., *Conversaciones con Gore Vidal*. Edhasa, Barcelona, 1983, pp.42-43.

[ii] Bloom, H., "The Central Man: On gore Vidal's Lincoln", publicado originalmente en *The New York Review of Books* y recogido en *Writer Against the Grain*, Columbia University Press, 1992. p. 228.

[iii] Calvino, I., "Imagining Vidal", publicado por primera vez en inglés en *The Threepenny Review* y recogido en *Writer Against the Grain*, Columbia University Press, 1992, p. 34.

[iv] Pickering, S.F., "Living Appropiately: Vidal and the Essay", *Writer Against the Grain*, Columbia University Press, 1992, p. 156.

[v] Stanton, J. R. y Vidal, G., eds., *Conversaciones con Gore Vidal*. Edhasa, Barcelona, 1983, p. 58.

[vi] Op. Cit., p. 80.

[vii] A menos que se indique lo contrario, todas las citas de Gore Vidal pertenecen al presente volumen de ensayos escogidos.

[viii] Stanton, J. R. y Vidal, G., eds., *Conversaciones con Gore Vidal*. Edhasa, Barcelona, 1983, p., 65.

[ix] Op. Cit., p. 187.

[x] Parini., J, "Gore Vidal: The Writer and His Critics", *Writer Against the Grain*, Columbia University Press, 1992, p. 22.

[xi] Vázquez Montalbán, M., "Gore Vidal. La escritura del exiliado interior.", prólogo a *Patria e Imperio*, Vidal, G., Edhasa, Barcelona, 2001, p. 12.

[xii] Calvino, I., "Imagining Vidal", publicado por primera vez en inglés en *The Threepenny Review* y recogido en *Writer Against the Grain*, Columbia University Press, 1992, p. 36.